

LA LUNA, EL PRIMER POLÍTICO Y LOS TROSCOS

La agenda de unos y otros me ha hecho pasar seguido, en un mismo día y en unas horas apenas, de Adolfo Suárez a una entrevista para «La luna» y a una cena con los troscos. Yo digo que es una experiencia apasionante: una sensibilidad rural sometida a tan polisémico y trífido bombardeo.

Tres universos, para no dar rodeos. Por muchos defectos que tengan en otros órdenes de la vida, una ciudad que encierra en su seno tanta diversidad —¡y de qué calidad!— es una ciudad viva.

Lo fuerte del caso es que: a la última cita acudí con cierta preocupación, no fuera a ser que se me pusieran hoscas los troscos, de tanto movimiento browniano como he venido teniendo estas dos semanas; a la primera, paradójicamente —habida cuenta de la diferencia de curriculum vitae—, desordenado y hasta verdaderamente alborozado; a la de en medio, literalísimamente intimidado, dado el abismo generacional y axiológico.

Confirmóse, con gran felicidad personal de servidor, que los troscos su familia son; confluencia plena, concordia incluso, muy grata (si bien esperada) sorpresa, la primera (hermandad, y hasta comunión en la especialidad, me atreveré a decir); «La luna», no se puede saber: igual les caí bien, igual les caí mal. Me dije, y les pregunté: «¿Os ensalzo antes de que salga la entrevista u os encomio después? En el primer caso, parecerá propiciación; en el segundo, estómago agradecido (eventualmente)». Me aconsejaron lo primero. Así lo hago. No sin repetir que, aun siendo para mí un mundo superajeno, por resultar los valores suyos y los míos (pero véase el ABC del 19 de febrero) diametralmente no se que, advierto en «La luna.: a) fuerza creadora, b) español delirio,

127

una y otro tan deficitarios hoy y aquí (hic et nunc, para que me entiendan los curas rebotados).

Otras cosas ha habido estos días: descubrir, por ejemplo, la humanidad profunda de personas como doña Sara Frey.

128

1-3-85